

vicios os habéis hecho dignos de defender la Bandera de nuestra Patria que representa su inmunidad, sus libertades y su Independencia. El Gobierno del Estado os la concede como vuestro distintivo; y el C. Presidente de la República y el benemérito General Porfirio Díaz os honran entregándosla.

¿Protestáis, empeñando vuestro honor, defenderla á costa de vuestra sangre y vidas?

(El Batallón.—Sí protestamos.)

Si así lo hiciéreis, la Nación os lo premie, y si no ella os lo demande.

(Después, dirigiéndose al General Díaz): Ciudadano General: A nombre del personal del Primer Batallón del Estado, doy las más expresivas gracias al C. Presidente de la República, y á vos por el honor que nos habéis dispensado hoy, asegurandoos que la protesta que acabamos de hacer en vuestra presencia, sabremos cumplirla, siendo un motivo más para ello, el recordar siempre con orgullo de quienes la hemos recibido.

Primer Batallón: ¡¡¡Viva el Presidente de la República!!!
¡¡¡Viva el General Porfirio Díaz!!! ¡¡¡Viva el C. Gobernador del Estado!!!

Inmediatamente la artillería hizo una salva de 21 cañonazos y el Himno Nacional dejóse oír ejecutado por la música del Batallón, y por las de los Regimientos mencionados.

Terminada así la ceremonia, el General Díaz se retiró á la casa del Gobernador, frente á la cual había tenido lugar el acto referido, en unión de las personas que lo acompañaban; y se situaron en su galería exterior; desde donde vieron desfilar la columna de honor, que marchaba en el orden siguiente: A la descubierta, una sección del 4.^o de Caballería; en seguida la Artillería del Estado; después el Primer Batallón del mismo, y por último, los Regimientos de Caballería 4.^o y 7.^o

A las dos de la tarde tuvo lugar una gran convivialidad en la quinta de campo, propiedad del Señor Gregorio Jiménez, concurrieron 88 personas.

El C. General Porfirio Díaz no pudo concurrir porque habiendo sido atacado de una neuralgía, desde las primeras

horas de la mañana, se agravó ésta á consecuencia de haber estado con la cabeza descubierta recibiendo los rayos del sol durante la ceremonia que queda descrita. Este sensible acontecimiento privó á la concurrencia de la honra de tenerlo en su seno durante el almuerzo, pero al terminar éste, el general se presentó algo restablecido de aquella enfermedad.

Este convite fué obsequiado por el Gobierno del Estado, y las esquelas de invitación estaban concebidas en estos términos:

“El Gobierno del Estado, en obsequio del C. General de División Porfirio Díaz, dará un almuerzo en la quinta del Señor Gregorio Jiménez, sita en la Presa de la Olla, de esta ciudad, el viernes 28 del actual, á la una de la tarde.

“Suplicamos á Ud. á nombre del mismo Gobierno, se sirva honrar con su presencia la fiesta indicada.

“Guanajuato, 27 de Octubre de 1881.—Joaquín Chico.—Gregorio Jiménez.—Francisco de P. Castañeda.—José Mena.—José Palacios.—Ignacio Ibarguengoitia.—Luis Robles Rocha.—Ignacio G. Rocha.—Juan G. Barajas.”

La mesa fué presidida por el C. Gobernador, y á ella concurrieron los Generales de la Federación con mando de fuerzas en aquel Estado; los Jefes superiores de las armas en Guanajuato; los Ciudadanos Diputados á la Legislatura del Estado; algunos de los Magistrados del Supremo Tribunal; los jefes de las oficinas de aquella Capital; los empleados civiles, federales y las personas más respetables y distinguidas de aquella localidad.

En la noche, el General Díaz fué obsequiado por el Señor Lic. Joaquín Chico, con un té que se sirvió en la casa de éste. Siento no dar pormenores por no haber tenido la honra de concurrir.

“Serían las diez de la mañana cuando el General visitaba la Casa de Moneda, y los accionistas principales de aquella negociación hacían los honores de la casa con verdadera cortesanía.

Mostráronle la magnífica maquinaria que allí existe, haciéndola funcionar de manera que pudiera agradarse obser-

vando sus diversas funciones. Enseñáronle las diversas oficinas establecidas, que todas se encuentran en perfecto arreglo, en donde los empleados y operarios desempeñan las labores respectivas con silencio, inteligencia y actividad.

En su presencia se acuñaron varias medallas de oro del peso de una onza, que obsequiaron con una al General, y con otra al Gobernador, así como otras iguales de plata que regalaron á las demás personas presentes.

Con veinticuatro horas de anticipación habían sido comenzados á grabar los troqueles por el inteligente Señor Campa, empleado del establecimiento, quien en tan corto espacio de tiempo pudo conducirlos para que la acuñación se hiciera en aquellos momentos.

El Señor Gobernador, tan luego como recibió la suya, suplicó al General se sirviera presentarla al Presidente de la República, como una demostración de afectuoso recuerdo. Esta galantería, revela la finura que caracteriza todos los actos del Señor Muñoz Ledo.

En dichas medallas se vé por el anverso, esta inscripción:

“La Junta Directiva de la Compañía Guanajuatense-Zacatecana, al General Porfirio Díaz.”—Y por su reverso: “En recuerdo de su visita á la Casa de Moneda de Guanajuato.—Octubre 29 de 1881.”

Sirvióse después un ligero lunch con lo que terminó la visita.

A la una en punto, el Señor General Díaz se encontraba en casa de Wenceslao Rubio quien lo había invitado, más que en su calidad de antiguo partidario, en la de su amigo de corazón y en esta última calidad, al Señor Manuel Muñoz Ledo.

Treinta amigos de confianza, debíamos acompañar en la mesa á aquellos buenos amigos, para formar una reunión familiar, de verdadera intimidad. Allí, no eran los hombres públicos los que debían encontrarse; todos, comenzando por el Señor Díaz, olvidaron sus relevantes méritos ó su alta posición política, ó su honroso grado militar: aquella reunión era simplemente de hermanos.

Esta fué la idea de nuestro anfitrión; y conforme á sus de-

seos, tomamos posesión de la casa, considerándola desde luego, como nuestro hogar.

Los honores de la mesa correspondieron á la amabilísima Señora Trinidad Benavente, esposa de Wenceslao, quien los desempeñó con su acostumbrada delicadeza.

La distinguida Señora de Muñoz Ledo, la apreciable Señora de Jiménez y la simpática Señorita Carmen Rocha y Rubio, fueron las otras tres damas que engalanaron con su presencia el festín de la familia.

Tranquila y amena conversación reinó durante aquel almuerzo, tan espléndidamente confeccionado y en donde se sirvieron tan ricos vinos. En esto, pareció ser el hogar de un Nabab; pero en todo lo demás, no se veía sino sencilla y cariñosa confraternidad.

“A las seis de la tarde, con motivo de la galante invitación del respetable Señor Luis Robles Pezuela, Presidente del Casino, concurrieron el General y algunos individuos de su comitiva á aquel centro de distracción, gozando en él, de amable conversación, muy de esperarse de tan caballerosas personas.

El General tuvo que abandonar pronto tan agradable reunión, porque en la misma noche debía de verificarse en la casa de mi buen amigo Francisco de P. Rubio, un baile que le dedicaba en unión de los Señores J. B. Castelazo, Francisco de P. Castañeda, Ramón Alcázar, Ignacio Ibarguen-Goitia y Francisco Parkman, accionistas de la Compañía Guanajuatense-Zacatecana.

A las nueve de la noche, el Señor Francisco de P. Rubio, abría sus salones. Media hora después, llegaba yo frente á la casa del mencionado caballero, prevenido con mi tarjeta de invitación.

Ví en la calle un grupo de esos individuos que en todas partes existen y que con poco se satisfacen. No pertenecían al número de los elegidos, y se consolaban de su pequeñez social, curioseando lo que á su vista se presentaba del adorno del simétrico patio de la casa; mirando las bellas damas que descendiendo de los carruajes, violentamente cruzaban frente á ellos, como una exhalación; embobados al vislum-

brar una pequeña parte de los elegantes trajes que aquellas llevaban, pues la mayor, ocultábase bajo celosos abrigos; y representando por último, la alta y baja marea, con necesarias y violentas ondulaciones, para evitar ser atropellados por los fogosos caballos que tiraban de los carruajes que llegaban.

Penetré. El patio había dejado de serlo, para convertirse en un vistoso jardín. Copados arbustos, perfumadas flores de raros ingertos, resultado de las ingeniosas combinaciones del afanoso orticultor; olorosas ramas de ciprés; plantas parásitas que descolgaban sus delgadas fibras, cubiertas de abundantes y menudas hojas; y por último, hermosas yedras con profusas guías que se enlazaban las unas con las otras, formando festones, tapizando el patio, cubriendo sus paredes y ocultando sus esbeltas columnas.

Una fuente de hierro de caprichosa forma, descollaba en el centro, ornada con guirnaldas de aromosas flores, rodeada de plantas acuáticas, cubierto casi conofiligranadas enredaderas cuajadas de pintadas florecillas; refrescadas constantemente por el agua, que saltando á gran altura descendía sobre sí misma, chocando con los ornatos de la fuente, derramándose por los recipientes y formando una catarata de pequeñísimas gotas, que heridas por las mil luces que alumbraban aquel espléndido jardín, presentaban los colores del iris en no interrumpida sucesión, y venían a perderse en el último recipiente, ocultándose para siempre á la extasiada vista del espectador, que entonces se fijaba en el sin número de lentejuelas de oro, sobre fondo de blanco lienzo que cubrían materialmente la superficie de las avenidas que servían para transitar por el jardín.

Hacia el fondo de éste; descubriase una gruta de rústico aspecto, que parecía impregnada de fresco ambiente; de cuya bóveda descendían, á manera de estaláctitas, agrupaciones de heno, gruesas en la altura y que iban disminuyendo conforme descendían, hasta adelgazarse y perderse á la vista.

Allí hubiera permanecido, si no hubieran llegado á mis oídos los ecos lejanos de la orquesta, que comenzaba á ejecutar un wals. Entonces, comprendí la invitación que á él nos ha legado Weber.

Arresguéme por la amplia escalera, llena de luz, que era despedida por estéricas bujías, colocadas en elegantes candelabros de bronce, sustentados por blancas columnas y que irradiaba sobre las perfumadas flores y aromáticas plantas, que en elegantes tiestos, colocados á uno y otro lado, sobre cada peldaño, ascendían hasta la mayor altura de aquella escalera, tapizada con mullida alfombra roja, de angosto pasillo blanco, y la cual daba acceso á cuatro amplios corredores, por donde seguían extendiéndose los macetones, llenando aquellos con el caprichoso y profuso follaje de sus verdes plantas.

Aquel nuevo recinto estaba iluminado por un cristalino candil lleno de luces, aumentándose la claridad de éstas, con los incontables reflejos de innumerables prismas, heridos en sus mil y mil facetas.

De los barandales de hierro, fundido con caprichosísimos ornatos, partían columpeantes hilos, tupidos de farolitos venecianos de caprichosas formas y de variados colores, que iban á reunirse á grande altura, formando un obelisco resplandeciente como el día.

Grupos de elegantes damas, de bellas señoritas, de caballeros y jóvenes, dirigíanse por los corredores hacia la gran puerta del salón del baile, depositando antes sus abrigos y demás accesorios en un gabinete preparado al efecto, en el primer piso de la casa.

Siempre que por la primera vez penetro en un salón de baile, me encuentro turbado. La mujer, en la vida común, no parece ser la misma que se presenta á mi vista en «una soirée dansante.» Temo presentarme ante ella; figúraseme que estoy empequeñecido y que no soy digno de presentarme ante sus refulgentes miradas; creo que entonces su bondadosa amabilidad ha desaparecido y sólo está presente su orgullo de sociedad. Detúveme un momento: las aristocráticas cuadrillas, con sus elegantes figuras, con sus medidos pasos, con sus acompasados giros, con sus caballerosas presentaciones, corteses saludos y frágiles cadenas, presentaban en aquel momento un conjunto encantador de severo baile. Las bellísimas jóvenes, las tiernas polluelas, casi no tomaban parte en aquella pieza; parecía que su hora no había

llegado aún. Las señoras eran las que bailaban, como indicando á sus hijas ó á sus hermanas menores, que las reglas sociales les ordenaban darles el ejemplo, que no las harían esperar, pues más gozarían mirando lo calurosamente que serían imitadas por ellas.

Era casi una promesa de abandonarles el campo, no en derrota y confusión, sino en honrosa retirada. Así lo hicieron.

Galana mazurka, fué honrada en seguida, marcando el tiempo de los graciosos movimientos de las bellísimas jóvenes allí reunidas, haciendo más visible su encantador donaire, sus delicadas formas, sus sedosos cabellos, sus locuaces ojos y sus piés imperceptibles.

Los deslumbradores brillantes, las lucientes esmeraldas, los encendidos rubíes, los oscuros zafiros y las esféricas perlas, brillaban en aquel momento al derredor del salón sobre los muelles sofaes, sobre las voluptuosas góndolas y sobre las doradas sillas de aquel mueble tapizado de azul y oro. El centro lo ocupaban solamente las candidas azucenas, las ruborosas violetas, las finas acacias, las perfumadas mosquetas.

Bien pronto, había pasado rápida aquella pieza, como rápida pasa el ave viajera.

Entonces los azogados abanicos de multicolores plumas, de finísimos calados, de graciosas miniaturas, guarnecidos de ébano, de concha, de marfil ó de perfumado sándalo, hicieron ondular el aire, produciendo una atmósfera más suave que la del tranquilo mar, acariciado por vivificadora brisa.

Aquello era una tregua en el combate.

Esa división, casi metafísica del tiempo, que mide cada instante en tres iguales intervalos y que se llama wals, comenzó bien pronto á ejecutarse por la sonora orquesta, interpretando una de las voluptuosas producciones del inspirado Waldteufel.

Los caballeros, apresurándose á ofrecer el brazo á sus bellas parejas, que media hora antes les habían prometido aquel momento de suprema felicidad, tan deseado, tan esperado y tan minuciosamente registrado en las etiquetas de

rigor, siempre mal escritas; pues el que hace allí un apunte, está trémulo de placer por la inapreciable concesión que acaba de hacersele.

Violentas como el huracán, pasaban unas parejas: vertiginosos giros de prolongadas caudas que ostentaban otras gallardas jóvenes enlazadas á sus caballeros, como la vid al olmo, perturbaban la vista. Precipitada fuga cual la de una corza herida, imprimía movimiento á otras y otras más; y brilladores ojos, sonrientes labios y palpitantes pechos y diminutos piés en constante movimiento, en rápidos giros, en interminables vueltas, formaban ese soñado encanto, esa arrebatadora ilusión, ese bello ideal de felicidad, que acariciaba el pensamiento de toda belleza de tres lustros.

Figurábase ser presa del atrayente Maelstrom, que en violenta espiral, que se estrecha por momentos cada vez con mayor rapidez, iba á hacer naufragar mi razón, fascinada, enloquecida ya por tanta belleza, por tanto encanto, por tan incomparable donosura.

Los acordes cesaron. Ya era tiempo: con un momento más hubiera rebotado la copa del placer.

Espumoso néctar, humedeció entonces los purpúreos labios de las bellas.

¡Bandera blanca! ¡Suspensión de hostilidades! ¡Tregua pactada!

La espléndida cena está servida.

Multitud de pequeñas mesas, colocadas en agradable desorden, ostentaba cada una tres cubiertos y era ocupada por dos damas y un caballero, que galante, las servía. Quién de éstos revelaba en su semblante lo agradado que estaba en su compañía; quién, sin olvidar sus deberes sociales, dirigía insistentes miradas hácia otra mesa contigua: quién dejaba comprender, por una contracción de labios á tiempo reprimida, que la pasión más suspicaz que tortura el corazón humano, hacía presa del suyo, y quien por su alegre semblante demostraba la tranquilidad de su alma, alejada de las candentes pasiones del espíritu.

¡Espléndido festín!

Recainier hubiera perdido allí su crédito; hubiera tenido

que confesar su ignorancia. El arte culinario había triunfado en Guanajuato. El vetusto Matusalem no vivió los años que llevaban de guardados los generosos vinos que allí se escanciaron. El más consumado arqueólogo no hubiera podido descifrar la época de su existencia dentro de la cava.

Las hermosas damas y las adorables jóvenes ya están nuevamente en el salón del baile; ningún caballero falta allí.

La tregua sólo sirvió para aumentar la entusiasta adoración á Terpsícore.

Animación siempre creciente, festiva alegría, bullicioso movimiento.

Pero todo se acaba. El baile concluyó, no por el cansancio ni por el triste resultado del agotamiento del placer, sino por el planeta en que vivimos, sin preocuparse de nuestra felicidad, había verificado el movimiento de un cuarto de círculo sobre sí mismo, desde que aquel comenzara. Eran las tres de la mañana. Bien pronto no quedó del baile más que una inmensa cauda, cual de colosal cometa, evaporándose en el espacio de 2,250 leguas, formada de las emanaciones de palpitantes recuerdos, de dulces pensamientos, de arrobadoras miradas, de ilusiones quizá desvanecidas; cuyo luminoso núcleo estaba formado por nuestro agradecimiento al recibir tantas distinciones, tantas finezas, tantas galanteorías, tan indescritibles amabilidades.

A las tres y media de la madrugada del domingo 30, después de un buen desayuno servido en Palacio, el General Díaz, acompañado del Gobernador, de la comitiva de aquél y de veinte personas más, salió de la Capital del Estado con rumbo á Celaya.

A las siete y tres cuartos de la noche del 1° de Noviembre, llegamos á la estación de Buenavista en donde el General fué recibido entre otras personas, por un ayudante del Señor Presidente, que iba en representación de este alto Magistrado.

Nuestro viaje había terminado. Recuerdos agradables de diez días amenamente transcurridos, era lo que nos quedaba de él, y á mí, en lo particular, el grato propósito de consignar estas mis impresiones de viaje.

1881.—Octubre.

Don Francisco Jiménez no obstante la unánime opinión contraria, y á pesar de haberse puesto como dijimos hace poco, por un exceso de precaución, los cinchos de fierro al pilar de la Compañía, denuncia como ruinosa la obra de este templo ante el Ayuntamiento de la Capital.

Como era natural, esta se mandó suspender; entre tanto dos personas de reconocida ciencia y de absoluta imparcialidad, rendían sobre el asunto un concienzudo informe.

Estas personas fueron los Señores Sub-ingenieros del Ferrocarril Central, los cuales para proceder con acierto, levantaron planos, reconocieron la pesantez y calidad de los materiales de construcción empleados en la obra, y practicaron escrupulosamente otros varios reconocimientos; y después de todo esto presentaron su dictámen, ampliamente favorable á la solidez de la obra.

1881.—26 de Noviembre.

Don Ramón Servín y Don Jacobo Saavedra, al venir de la Presa en un carruaje, á las 8 de la noche dispararon sus armas al pasar frente á la casa del Gobernador Muñoz Ledo.

Tal suceso causa terrible alarma en toda la ciudad, pues se considera como una tentativa de asesinato contra aquel funcionario: Servín y Saavedra son aprehendidos por la policía; y aunque no se consigue aclarar plenamente cuál fué su intento, sufren una prolongada prisión.

1881.—3 de Diciembre.

Se cierra la primera de las diez y seis ojivas que decoran el dombo de la cúpula de la Compañía.

1881.

Se acuñan en todo este año en la casa de	
Moneda de Guanajuato	\$ 4.208,180.00
A la vuelta	\$ 4.208,180.00

De la vuelta.....\$	4.208,180.00
Iban acuñados en 31 de Diciembre de 1880.....	249.493,943.35
Se habían exportado en la misma fecha.....\$	3.246,693.35
Exportación en el año actual	571,706.61
Suma.....\$	3.818,399.96
Total.....\$	257.520,523.31

1882.—8 de Enero.

El Presbítero Don Ruperto Castañeda cumple cincuenta años de sacerdote, y canta en consecuencia su segunda misa, verificándose con toda pompa la solemnidad en el templo de los Hospitales.

Apadrinaron al cantamisano como eclesiásticos el Señor Cura Don Perfecto Amézquita y el Señor Teniente Cura Presbítero Lic. Don Celso García de León, y como seculares los Señores Don Rito Zepeda y Don Ignacio Ibarguengoitia, y ocupó el púlpito el Señor Cura de Marfil, Presbítero Don Manuel Alba.

1882.—1° de Febrero.

Comienzan los trabajos del Ferrocarril Central en el trayecto comprendido desde Marfil hasta el puente llamado de San Cayetano, construído sobre el río de Santa Ana, en la carretera de Guanajuato á Silao.

El campamento principal para alojamiento de los directores y trabajadores se sitúa en una planicie á inmediaciones del puente mencionado; y dirigen la obra los Señores Lob, padre é hijo y Don Ponciano Aguilar.

Los terraplenes se construyen en gran parte de tal manera, que uno de sus costados forma la derecha de la caja del impetuoso río, que pasa por esta ciudad, y no obstante que ese costado se revistió con una robusta capa de piedra, fué general el temor de que una fuerte avenida del río destruye-

ra completamente el terraplén, temor que más tarde se justificó con los hechos.

Se abrieron además dos hermosos tajos en la montaña, y se hicieron varios y costosos rebajes por medio de barrenos, ya para la colocación de la vía, ó ya para ampliar y rectificar la corriente del río.

Los primeros días hubo en la Capital mucho entusiasmo con motivo de estos trabajos; y se formó un verdadero paseo, por la multitud de personas que iban á presenciarlos.

1882.—1° de Marzo.

El Lic. Don Manuel Leal se encarga interinamente del Gobierno del Estado, por ausencia del Gobernador Constitucional.

1882.—1° de Marzo.

Se comienza frente á la Hacienda de San Juan el último y magnífico puente de la gran calzada de Marfil, concluído el cual quedará evitado todo tránsito por el río, y tendrá esta Capital una entrada verdaderamente cómoda y amplia.

Lo dirige el arquitecto Don Herculano Ramírez.

1882.—3 de Marzo.

Está casi concluído en esta fecha el terraplén del Ferrocarril entre Marfil y el puente del río de Santa Ana; y con tal motivo se traslada el campamento al pié de la cuesta de Aguilares para continuarlo rumbo á Silao.

Comienzan á la vez á abrirse los cimientos de un gran puente que se colocará sobre el mencionado río, cimientos que costarán mucho trabajo, pues no pudo lograrse en largos días agotar el agua de las excavaciones para sentar las primeras piedras de los pilares, hasta que se hizo uso de una bomba de vapor.

Siguen los trabajos hácia el rancho del Capulín, componiéndose en ese tramo toda la vía de una sucesión no interrumpida de tajos y de terraplenes, muchos de estos de enorme tamaño.

1882.—15 de Marzo.

La cañería de fierro con que está sustituyéndose la de plomo que conducía antes el agua potable, llega en esta fecha á la caja repartidora de San Sebastián.

1882.—6 de Abril.

Vuelve á encargarse del Gobierno del Estado, el Gobernador constitucional Lic. Don Manuel Muñoz Ledo.

1882.—15 de Abril.

Llega á Guanajuato el Illmo. Señor Dr. Don Juan Raymondi, Obispo de Acantho, y Vicario Apostólico de Hong-Kong en la China.

Viene con objeto de coleccionar limosnas en beneficio de los cristianos de aquellas regiones; y durante su permanencia en esta Capital, administra el Sacramento de la Confirmación, y predica la palabra de Dios.

Muchas personas se niegan á llevar á confirmar á sus hijos, porque poco tiempo antes se había presentado un caballero de industria que se hacía pasar por sacerdote católico de uno de los ritos orientales, quien dijo misa en varias iglesias, pero no pudo engañar al M. R. P. Fr. Rafael del Santísimo Sacramento Segura, Guardián de San Francisco, quien descubrió la impostura. Las personas aludidas no reflexionaban que, si es no fácil, pero posible, hacerse pasar por simple Presbítero, es toda imposibilidad que se haga creer Obispo el que no lo sea.

1882.—17 de Abril.

Se comienzan á levantar los planos para el Ferrocarril urbano, que recorrerá el trayecto de Marfil á la Presa de la Olla, atravezando la Capital en toda su longitud.

1882.—Abril.

Se planta un pequeño pero elegante jardín en la plazuela de San Pedro, frente al Cuartel del mismo nombre.

1882.—Abril.

Continúan los trabajos en la capilla del Señor de Burgos, suspendidos hacía algún tiempo.

1882.—17 de Mayo.

Comienza el terraplén para el Ferrocarril urbano en el puente del Sacramento, por cuenta de la Compañía limitada de Tranvías del Centro.

1882.—5 de Junio.

La Compañía limitada de Tranvías del Centro, persuadida sin duda de las dificultades que existen para que vengan dos ferrocarriles por la Calzada de Marfil, intenta un arreglo con la del Central Mexicano, á fin de que esta prescinda de sus derechos sobre dicha calzada; de donde resultaría como en efecto sucedió, que el Ferrocarril Central sólo llegara á Marfil, y que de este punto para el Cantador no hubiera más que el urbano.

La expresada Compañía de Tranvías se dirige al Gobierno del Estado en un escrito de 29 de Mayo y le pregunta si en el caso de que llegue á efectuarse el arreglo de que venimos hablando, podrá en uso de sus facultades exonerar á la Compañía Central de la obligación que tiene por diversos contratos y decretos de construir el Ferrocarril entre Marfil y el Cantador, combinado con el resto de toda la vía Central.

El Gobierno, considerando justamente la gravedad del asunto, pasa en esta fecha los documentos relativos al Ayuntamiento de la Capital, para que éste emita el parecer que juzgue conveniente á los intereses del Municipio; y queda desde luego nombrada para que dictamine sobre el particu-

lar una comisión formada de los Regidores Don Abraham Lozano, Lic. Don Canuto Villaseñor y Don Pío R. Alatorre.

1882. — 11 de Junio.

La célebre Compañía de Circo, metropolitano de Orrin Hermanos, hace su estreno en esta Capital.

1882. — 24 de Junio.

Se cierra la bóveda del gran puente construido en Marfil junto á la Hacienda de San Juan, y queda con esto concluida la cómoda calzada, que partiendo del Cantador, y siguiendo todas las sinuosidades de la Cañada, llega hasta el mencionado punto de Marfil, y sirve á la ciudad de entrada principal. Pocos días después de esta fecha, se derribaron unas pequeñas fincas contiguas, dejando así expedito el tránsito sobre el puente, sin haber ya necesidad de atravesar el río ni una sola vez.

Este río en todo su estrecho y prolongado cauce, fué durante siglos enteros la única entrada carretera que tuvo esta Capital; pues aunque se construyó el camino llamado «de arriba», á costa de improbables trabajos y de sumas enormes, quedó demasiado incómodo, y solo se usaba cuando así lo exigía la necesidad. El camino de abajo, ó sea el río, era sumamente molesto en tiempo de secas, porque á cada momento era preciso atravesar la corriente y á veces ir dentro de ella por largo trecho; y en tiempo de aguas, á lo molesto se agregaba lo peligroso, por las caudalosas crecientes que solían llegar inesperadamente, y que más de una vez costaron á los viajeros la vida.

Es por lo mismo para Guanajuato la construcción de la Calzada que hoy queda concluida, una de las más interesantes mejoras de estos últimos años.

La idea de esta construcción fué iniciada por el que esto escribe ante el Ayuntamiento de 1861, del cual era miembro; pero no pudo ni aun comenzarse por falta de fondos en el Erario Municipal. La comenzó por fin Don Luis Robles Pezuela, siendo comisario imperial, en 16 de Septiembre de

1866, destinándola exclusivamente para el Ferrocarril que proyectaba; pero cayó el Imperio y los trabajos quedaron suspendidos por largo tiempo. Se continuó en 1871, por empeño del Señor Jefe Político Don Luis G. Reynoso, y siguió avanzando, á veces rápida y á veces lentamente, según lo que se ha ido refiriendo en los lugares oportunos de este libro, hasta que mandó concluir el Gobierno del Estado, en vista del compromiso que tenía de entregarla acabada á la Compañía del Ferrocarril Central.

Hubo dos circunstancias dignas de mencionar: fué la primera que ubicado el puente junto á la Hacienda de San Juan, quedó concluido en día también de San Juan, por cuyo motivo se le puso por nombre el mismo del Santo; y fué la segunda que si por cualquier circunstancia se hubiera demorado la operación de apretar las claves de la bóveda, todo hubiera quedado destruido al siguiente día por una terrible avenida del río, de que vamos á hablar en la inmediata efeméride.

1882. — 25 de Junio.

A las cuatro de la tarde de este día se descarga sobre la ciudad de Guanajuato una copiosísima granizada, que cubre con una capa de nieve las montañas, las calles y las azoteas.

De aquí provino la gran creciente del río que acabamos de mencionar, que estuvo á punto de destruir el nuevo puente de San Juan. En la ciudad no ocasionó perjuicio de ningún género; pero no sucedió lo mismo en el terraplén del Ferrocarril, concluido ya entre Marfil y el puente de Santa Ana; pues este terraplén fué arrastrado por la corriente en dos largos tramos, y seriamente maltratados en otros puntos, justificándose con este resultado los temores que abrigaron desde un principio las personas conocedoras de nuestros terrenos y de la impetuosidad de nuestro río.

La Empresa comprendió luego la necesidad que había de asegurar el terraplén contra el peligro de avenidas como la actual, y lo efectuó desde luego construyendo robustos calicantos en todos los lugares convenientes.